

Utopian Bubble. Chema Cobo

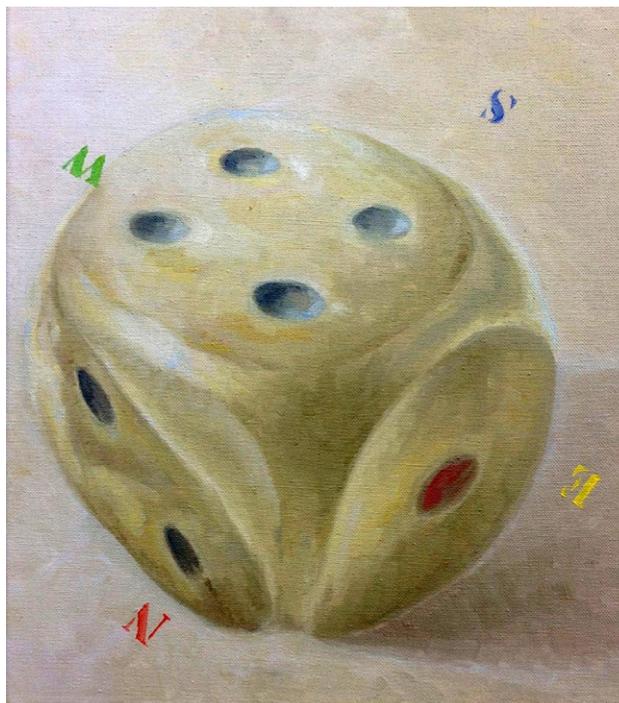
Galería JM, Málaga

Del 11 de diciembre de 2015 al 13 de febrero de 2016

¡Que comience la función! Espectáculo, belleza y simulación en la obra de Chema Cobo

Tarifa, término geográficamente estratégico, situado entre el Atlántico y el Mediterráneo, y limítrofe con África. Territorio de intercambios culturales, donde la mar, salvaje e inmensa piscina azul, cobra un protagonismo cardinal. Lugar mágico donde una línea viva y confusa separa el agua de la tierra, y es ahí, en ese paisaje de arenas inestables, donde esperan palmeras, como soldados, para resistir los envites del viento. En este asombroso escenario nace Chema Cobo (1952), artista andaluz de enorme recorrido nacional e internacional, cuya obra está representada en grandes museos internacionales como el Metropolitan y el MoMA, en Nueva York o el Museo de Arte Moderno de Chicago. En España, su obra forma parte de la colección del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía y en el sur, el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo de Sevilla y el Centro de Arte Contemporáneo de Málaga le han dedicado importantes muestras individuales. Su última parada, la Galería JM, de Javier Marín, en Málaga con la exposición individual *Utopian Bubble*, una muestra en la que laten, a modo de pinceladas, algunas de sus preocupaciones e intereses, como el tema del agujero, el ventrílocuo y por supuesto el joker, una suerte de personaje limítrofe entre la razón y la locura, que acompaña al artista desde los años 70.

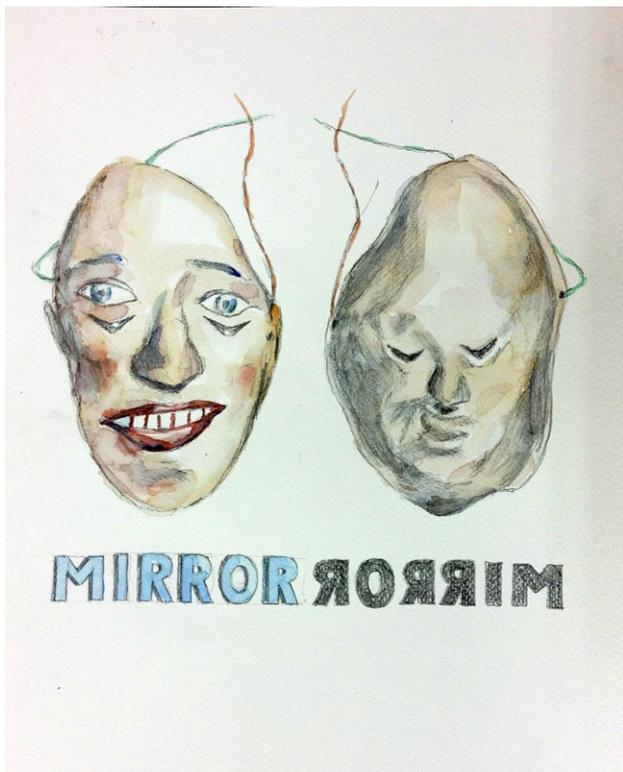
Y comenzaremos por el principio, se abre el telón y vemos un dado. Perdón, la pintura de un dado, encargada de darnos la bienvenida a la galería. Cerca de los vértices del dado aparecen, con el color de las fichas del parchís, las indicaciones cardinales de una brújula. De ahí su nombre, *Brujudado*, toda una declaración de intenciones. Un elemento ligado a los juegos de azar cuyos resultados son aleatorios e imprevisibles y que nos indica que cualquier cosa puede suceder en este espectáculo sin guión. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué dirección tomar? Descúbralo, lancen el dado y disfruten de lo lúdico o sufran con ello, aunque ya es irrelevante pues la partida ha comenzado.



1. Chema Cobo, *Brujudado*. Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm, 2015

El joker y Chema Cobo. El modelo y el artista. La transmutación del artista en su musa y la perversión de la musa en un elemento subversivo. Personaje complejo, cargado de humor y corrosión, considerado peligroso, estremece a todo aquel al que asustan las dudas. El joker se mueve en las arenas movedizas del levante, esos vientos que hacen que el pensamiento se ordene –popularmente– de otro modo. Al igual que el dado, está estrechamente ligado al azar, pues su carga esquizofrénica lo hará impredecible, siendo el libre albedrío el que determine su comportamiento.

Con el joker Chema Cobo introduce una profunda grieta en el espacio común entre emisor y receptor. Un agujero por el que se cuele una broma salvaje. Él es un personaje inteligente y mordaz por su cinismo, acarreado consigo



2. Chema Cobo, *Mirror, Mirror*. Acuarela sobre papel, 35 x 27 cm, 2015

la incomodidad que produce aquel, que en alardes de su agudeza camuflada bajo la apariencia de un payaso, golpea y abofetea al espectador antes de que éste pueda ni siquiera percatarse de ello. El joker no encarna la figura de un simple loco, el joker es un elemento activo, venenoso, que toma parte en el juego, modificando y alterando el orden, introduciendo dosis de caos para obtener respuestas. Cuestiona y se cuestiona, y eso asusta. La gente no quiere respuestas, o peor aún, la gente prefiere no hacerse preguntas. Ya avisaba Nietzsche en su Zarathustra, que «siniestra es la existencia humana, y carente aún de sentido: un bufón puede convertirse para ella en la fatalidad».

Como todo villano, tiene algo de psicópata, demente y maniaco. Una figura frenética que presenta distintas realidades a las que la sociedad –alienada ya– tiene que enfrentarse en el espectáculo actual. Una especie de *alter ego* del artista, con la ironía de Rosé Sélavy y Marcel Duchamp y el tormento de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, su particular pinocho al que da vida y deja en libertad. Su figura quedará ligada a la

soledad, esa que aparece cuando los focos del espectáculo se apagan y has especulado con demasiadas certezas. Y es que «la verdad que hace libres a los hombres es en gran parte la verdad que los hombres prefieren no escuchar» como dijo Herbert Agar en a *Time for Greatness*.

En *Utopian Bubble* Chema Cobo presenta diez fragmentos en pequeño formato de las vestimentas del joker. Primerísimos planos que nos acercan al mundo cinematográfico –tan ligado a su obra y vida–. El modo en el que el artista ha traído a este personaje a la exposición ha sido más amable. Colores pasteles y agrisados dulcifican las formas. Aunque sus contenidos nos hablen de lo mismo, aquí solo vemos trozos de sus trajes por el que se cuele algún cascabel. Se ha hecho presente en nuestra consciencia sin necesidad de ser visto, como una sombra que acecha, imposible de desligar de un cuerpo.

Destacar la obra *Placeless Voice*, un cascabel en primerísimo plano que nos recuerda a una obra anterior del artista, *Plato's Cave* (2008). Tomando como excusa un cascabel nos introduce de lleno en el mundo de la simulación, del espejo y del reflejo que desde hace tantos años viene acompañando a Chema Cobo. El cascabel se ha convertido en una esfera luminosa y reflectante, un trozo de metal pulido y casi transparente, como si de la bola de un vidente se tratase y a través del cual percibir otras realidades. Otro de estos fragmentos del joker es *Skin 2*, donde destaca un rombo azul muy luminoso, hipnótico y con una particularidad significativa: la apariencia de líquido, transportándonos directamente así, al universo anterior de sus piscinas.

El joker conecta con otro personaje que el artista ha introducido en la sala: los ventrílocuos, unos muñecos a los que Chema Cobo da voz. Quedan representados por varias pinturas de mediano formato que simulan las cualidades del *collage* y por otro lado un dibujo en el que también aparece esta figura inquietante. El juego del ventrílocuo es tramposo, una ficción. Una marioneta de madera –de nuevo como pinocho–, aguda y de lengua afilada, a la que se domina a través de la boca, haciéndola decir lo que yo no puedo, debo o quiero. *Ghost in the Mouth* –fantasma en la boca– es el título que el artista da a estas pinturas, evocando un mundo que no existe. Un impostor autómatas de ojos bien abiertos y con cara de adolescente que nos mete de lleno en el mundo del engaño.

En el dibujo *Black Friday* además del muñeco guiado por una sombra humana aparecen dos elementos significa-

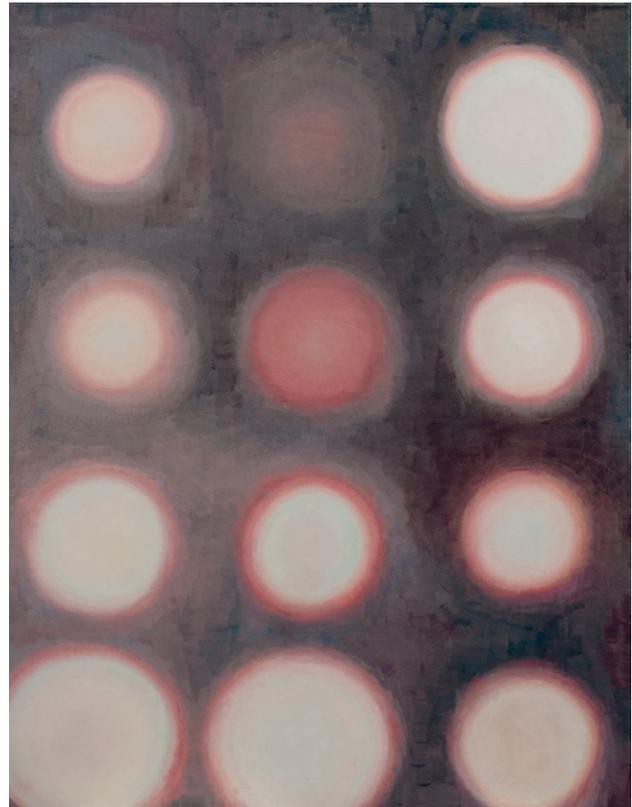
tivos, una cortina, a modo de telón teatral y dos palmeras –iconografía que tanto ha acompañado al artista–. De hecho, este árbol de carácter tropical también aparece en el dibujo *Robinson's Parrot*, un paisaje exótico, como la cajetilla de cigarrillos *Camel*, aunque en este caso el camello ha dado paso a un loro que no vemos, solo representado por su vocablo inglés. Un animal que habla sin parar, de manera huera, repitiendo lo que escucha sin pensar, similar a un ventrílocuo.

Otra de las características iconográficas en la obra de Chema Cobo es el aspecto lúdico, muy claramente representado en sus dibujos: juegos de equilibrio, bufones, marionetas, sutiles referencias sexuales a Duchamp... y la magia, tan ligada al espectáculo, un elemento que fascina al artista por su potencial creativo e irracional.

La prestidigitación rompe con la secuencia lógica del pensamiento y transforma y hace posible aquello que no es posible. Introduce además factores como la sorpresa, el desconcierto, la confusión... Así ocurre en *Realness Strikes Back*, un dibujo de pequeño formato en el que se hace alusión directa a la chistera del mago y las sombras chinescas. Y cómo no, de nuevo se deja ver un resto del joker a través de cascabeles y trozos de tela, su «animal» fetiche que lo contamina todo.

El engaño, la ceguera y el estupor ante un mundo cada vez más idiotizado se materializan en la obra *Utopian Bubble* –que da nombre a esta muestra–, un lienzo de gran formato en el que aparece una especie de castillo Disney alucinado. Un paisaje tan atractivo como venenoso, tan bello como vacío, que nos transporta directamente a la parte más pobre de nuestro mundo, el de las apariencias, al de la impostura. La gran mentira que se camufla tras bellísimos aeropuertos sin aviones, «ciudades» de cultura, artes y ciencias sin conocimiento, faraónicas infraestructuras para el circo sin espectáculo, estadios olímpicos sin actividad deportiva... Una obra crítica y dura revestida de frivolidad y del color del mundo pop. Como advirtió Debord en *La sociedad del espectáculo*, este «es el mal sueño de una sociedad moderna encadenada, que no expresa en última instancia más que su deseo de dormir. El espectáculo vela ese sueño».

En cuanto al material usado, es importante destacar el uso del óleo como procedimiento pictórico para sus pinturas. Su secado lento permite al artista buscar y especular sobre la imagen. Debatiéndonos entre la belleza y la corrosión –y el consecuente desconcierto–, nos adentramos en la última parte de la muestra. Situada en la planta inferior de la



3. Chema Cobo, *Holes III*. Óleo sobre lienzo, 116 x 89 cm, 2015

galería, el artista nos muestra una parte de la serie *Holes*. Un conjunto de pinturas que envuelven al espectador y que lo transportan a un mundo confuso y borroso. La figuración ha dado paso a la alucinación, a unas abstracciones oscuras en las que se abren agujeros que dejan entrever algo de luz. Un proceso febril que acaba produciendo una imagen fantasmagórica, que se diluye, se evapora, impidiéndonos ver la realidad. Por un momento parece que nos encontremos en mitad de una función sobre el escenario, perdidos y desubicados, cegados por el destello de las luces de los focos. Agujeros y/o luces que nos impiden ver con claridad, como si una fina membrana gris tapara nuestras retinas... quizás la mejor o única manera de soportar nuestra realidad sea en un estado de ceguera.

Y es que la vida no es más que un baile de máscaras (*Mirror Mirror*), con sus luces y sus sombras.

Fernando Sáez Pradas